

Capítulo

1

A veces la luna parece enojada cuando se alza sobre esta ciudad. Después de todo, somos ángeles con pistolas, ángeles que reciclamos con cuidado nuestras latas de Coca-Cola, mientras vertemos productos químicos en las piscinas climatizadas que hemos construido a pocos metros del mar. Por eso a veces, cuando la luna se eleva sobre este horizonte contaminado, tiene una tonalidad rojiza de enfado; su resplandor nos recuerda que somos ángeles empeñados en crear un infierno en la Tierra.

Hoy es una de esas noches. Estoy en la azotea del Griffith Observatory contemplando la luna y siento su rabia como si fuera mía. ¿Dónde está el trozo de paraíso que se me prometió? ¿La vida apacible y ese éxito logrado sin perder la in-

tegridad? ¿Dónde está el hombre que puedo confiar que mantendrá la ética en su búsqueda de grandeza? ¿Por qué ya no puedo distinguir con total claridad lo que está bien de lo que está mal?

«Lo estropeaste todo», responde mi ángel interior. «Escuchaste a la diabla que llevas dentro y escogiste cambiar de camino».

Es cierto, pero no quiero asumir la responsabilidad. Una ráfaga de viento me levanta el cabello y lo echa hacia atrás, mientras mantengo los ojos clavados en la luna de color carmín. Deseo que el viento me limpie, que se lleve con él los errores y la inmoralidad.

Pero hay cosas que deseo más. Como a Robert Dade. Cada vez que se me acerca, el impulso de ceder a la tentación es incontrolable. Pensé que cuando rompiera con el controlador de mi prometido, Dave, sería dueña y señora de mi propia vida.

Pero esto no es más que otra versión de la misma historia.

Para controlarme, Dave usaba la culpabilidad y la vergüenza, incluso el miedo. Robert me controla con un beso.

Un beso en la nuca, una mano en la parte baja de la espalda, una caricia en la parte interior

del muslo..., con eso le basta. Mi cuerpo intercepta los mensajes que envía mi mente. Solía pensar que estar con Robert me otorgaba poder, pero es él quien dirige ese poder.

Me estremezco mientras la luna continúa elevándose en el cielo y perdiendo parte de su brillo carmesí. Me acuerdo de Tom, el hombre que hasta ayer era mi jefe. ¿Estará él también contemplando esta luna? A Tom le echaron del trabajo porque me faltó al respeto y Robert se enteró. Así de simple. No es lo que yo quería. Además, si hubiera querido vengarme, no habría tenido sentido hacerlo así, pues cuando la venganza la lleva a cabo otra persona, deja de ser venganza.

Pero cuando Robert me toca como solo él sabe, se me olvida. Se me olvida lo que quiero o, mejor dicho, se me olvida que quiero otras cosas aparte de él.

Si estuviera aquí ahora, en esta azotea llena de turistas y astrólogos que se agolpan ante telescopios anticuados, ¿le dejaría que me tocara? Si se pusiera detrás de mí y levantara una mano para tocarme el pecho, ¿rechistaría?

Juro que me basta con pensar en él para estremecerme. Quizá él sea la luna y yo el océano;

mis mareas alcanzan cotas insospechadas ante la fuerza de su presencia.

Esa idea me emociona y me molesta a la vez. Al fin y al cabo, el océano tiene su propia fuerza, ¿no? Se mueve con el viento. Ofrece y destruye en igual medida. La gente adora y teme al océano.

Lo respetan.

Pero sin la luna, el océano no deja de ser un lago.

Necesito a la luna.

Me doy media vuelta y tomo la escalera de caracol que conduce al vestíbulo del edificio. «Contrólate, Kasie». Pero no sé si puedo. No logro controlar mis mareas.

Capítulo

2

Me doy una vuelta en coche antes de dirigirme a casa. Cuando llego, veo su Alfa Romeo Spider aparcado delante de mi puerta. Es imposible que pase desapercibido. Él, apoyado contra la puerta de mi casa, llama un poco menos la atención. Tiene los brazos cruzados y su pelo canoso brilla a causa del ligero rocío de la noche. Aparco el coche, pero mantengo el motor en marcha. Una parte de mí sabía que vendría.

Pero eso no significa que esté preparada para este encuentro.

En cualquier caso, no tengo alternativa, así que apago el motor y me acerco con cuidado.

—Esta vez no te has colado en mi casa —comento.

Sonríe arrepentido.

—Estoy buscando un punto intermedio entre ser protector y ser intrusivo que nos satisfaga a ambos. Pensé que no forzar la puerta de tu casa sería un buen comienzo.

No puedo evitar una sonrisa.

—Estás aprendiendo. —Meto la llave en la cerradura, abro la puerta y le permito que me siga hasta el salón—. Aun así —replico cuando hemos entrado y se ha sentado en el sofá—, podrías haberme llamado.

—Podría haberlo hecho —admite—. No lo he hecho.

Me giro hacia él. No entiendo a este hombre. A ratos no tengo claro ni si me cae bien. Pero, madre mía, cuánto le deseo.

—¿Para qué has venido?

—No vas a dejarme —responde a secas.

—¿Ah, no? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé. —Ladea la cabeza y sonrío—. Tendría que haber hecho algo en particular para que tuvieras la voluntad de dejarme. No lo he hecho y, por tanto, tu única opción es quedarte conmigo.

—¿No has hecho nada en particular?

No menciono a Tom. No hace falta.

—Kasie. —Robert suspira como si le decepcionara un poco mi falta de visión—. La forma en la que te habló Tom..., las cosas que dijo... Si le hubiera oído uno de sus superiores, ¿hubiera perdido el empleo?

—Pero no le oyó nadie —señalo—. Hablas de hipótesis, eliges la verdad que te conviene. Tom me ayudó cuando Dave estaba intentando humillarme. Eso también es parte de la verdad.

—Y si Tom hubiera pensado que ponerse del lado de Dave le hubiera beneficiado, ¿crees que te habría ayudado?

—No lo sé, Robert. —Levanto las manos exasperada—. ¿Crees que Stalin hubiera colaborado en la lucha contra Hitler si este no hubiera invadido Rusia? A veces no hay que analizar los motivos. A veces basta con juntar las manos y dar las gracias por que los nazis perdieran la guerra.

Robert se reclina en el sofá. Mis desafíos provocan brillos en sus ojos.

—Yo también agradezco que los nazis perdieran, pero no creo que eso excuse las atrocidades que cometió Stalin.

—Tom no es Stalin.

—No, Stalin merecía morir. Tom merece perder el trabajo. —Mira por la ventana, un camión pasa haciendo gran estruendo por la calle—. Los negocios son así, Kasie. Tom acosó sexualmente a una empleada y enfadó a un cliente muy importante. Todos los días se despide a gente por estos motivos.

—Pero no le despidieron por acosarme a mí. Robert desdeña mi argumentación con la mano.

—Habría quedado... raro que tú hubieras presentado cargos y, además, te hubieras negado a hacerlo. Así que decidí asegurarme de que la acusación proviniera de otras personas.

Estamos haciendo círculos y estoy demasiado mareada para seguir con esta conversación.

Dirijo la mirada al techo de color hueso bajo el que estamos. Me he esforzado por que mi casa tenga un ambiente sencillo, sofisticado y cómodo, pero la habitación me resulta ahora complicada e indómita, y no me siento nada cómoda. Todo lo que rodea a Robert me altera. Su voz vibra en mi interior como el ritmo de una canción de rock, me hace cobrar vida y amplifica sensaciones que, de no ser por él, yo reprimiría.

—Acabo de salir de una relación —le recuerdo—. La visión que otra persona tenía de mí me ha estado controlando durante años y ahora tú también quieres controlarme.

—No. —Se pone de pie y se me acerca—. Yo no quiero controlarte. —Desliza los dedos bajo mi barbilla y guía mi rostro en su dirección—. Me gustaría corromperte..., aunque solo sea un poco.

—¿Corromperme?

—Kasie, si dejas que te ayude, podríamos tenerlo todo. La gente que se burla de ti o que trata de complicarte la vida haría reverencias ante nosotros. Lo que ha pasado con Tom tiene moraleja. Necesitamos a gente así. Todo el mundo debería saber lo que le ocurre a quienes tratan de derribarnos..., a quienes tratan de degradarnos.

—Hablas de la vida de una persona.

—Hablo de la victoria.

Desliza la mano por mi espalda y me apoyo en él instintivamente, presionando mi pecho contra el suyo.

—Quiero que dejes de interferir en las carreras de mis compañeros de trabajo.

—Ay, pero quieres tantas cosas... —susurra, rozando sus dientes con el lóbulo de mi ore-

ja—. ¿Qué es lo que más deseas, Kasie? ¿Justicia? ¿Poder? —Me empuja con delicadeza contra la pared; me lame la parte inferior del cuello—. ¿A mí?

Intento responder, pero me quita la camisa, me desabrocha los pantalones y deja que caigan al suelo.

Da un paso hacia atrás, saca el móvil del bolsillo y lo apunta hacia mí.

—Quiero guardar esta imagen. Quiero poder contemplarte cuando no estés conmigo.

Noto de inmediato que se me suben los calores y trato de taparme con las manos, pero niega con la cabeza.

—No, deja los brazos a los lados. No deberías sentir vergüenza cuando muestras tu cuerpo. Para cuando hayamos terminado, nadie se atreverá a cuestionar tu audacia. Todo el mundo la admirará.

Tengo los brazos a los lados, pero me cuesta dejarlos ahí. Esto no está bien. No sé por qué lo permito..., excepto que porque quiero permitirlo.

—No se lo enseñarás a nadie —digo.

¿Es una pregunta? ¿Una afirmación? ¿Una petición? Ya no lo sé.

Debería estar horrorizada..., pero la idea de que me contemplan..., de ser audaz sin sufrir las consecuencias...

Me coloco el cabello detrás de los hombros e inclino la cabeza con coquetería... invitando a la cámara a contemplarme.

Sonríe con aprobación y me hace otra foto antes de dejar el teléfono sobre una mesita. Se quita la chaqueta con tranquilidad y la coloca sobre una silla, mientras permanezco contra la pared como si una fuerza invisible me mantuviera ahí.

Se sienta en el sofá y me hace un gesto para que me acerque.

Camino hacia él como si estuviera hipnotizada... Quizá lo esté. Quizá me haya hechizado.

Me siento a horcajadas sobre él, vestida únicamente con un sujetador y unas braguitas.

Sus manos me agarran los pechos.

—Quítatelo —dice con delicadeza, aunque resulta imposible pasar por alto el toque autoritario.

Me quito el sujetador y dejo que mis pechos se desparramen. Con movimientos lánguidos, casi como si no prestara atención a lo que hace, los toca, los estruja un poco y juega con mis pezones hasta que se ponen duros, grandes y anhelantes.

— Así estás preciosa — susurra —. Elegiremos un día del calendario en el que lo único que lleves puesto sean estas braguitas... — Mete un dedo bajo la goma de la cintura y tira del elástico —. Podríamos cenar así, ver la tele, charlar tomando un café y tú no llevarías prácticamente nada; así podría tocarte y catarte siempre que quisiera.

Dicho esto, se inclina hacia delante y me besa los pechos, mientras desliza la mano bajo mis braguitas; cuando encuentra el clítoris, me hace gemir.

— ¿Harías eso por mí, Kasie?

Me ruborizo, pues, aunque asiento con la cabeza, sé que la respuesta debería ser no.

— ¿Y qué harías por ti? — pregunta metiéndome un dedo —. Si te ofrezco el mundo en bandeja, ¿lo aceptarías?

— Robert... — digo.

Quiero explicarle lo que pienso, decirle en qué se equivoca, pero comienza a mover el dedo. Me cubre el cuello y los hombros de besos, cuya intención es provocar anhelo más que satisfacción. Gimo y golpeo mis caderas instintivamente contra su cuerpo.

— Ya lo verás, Kasie. — Sus caricias se vuelven más exigentes. Siento que el orgasmo se

aproxima—. Todo el mundo jugará obedeciendo nuestras normas; normas que cambiaremos a nuestro antojo. Todas tus preocupaciones sobre las opiniones de los demás carecerán de fundamento. Nadie te juzgará, nadie se atreverá a hacerlo.

Dicho esto, me mete otro dedo y me corro, ahí mismo, sentada a horcajadas sobre su regazo. Entonces me da un escalofrío y, al aferrarme a sus hombros, le clavo las uñas en la camisa y le arañó la piel. Creo que pronuncio su nombre, pero estoy tan abrumada que me cuesta saber lo que hago, lo que digo... Todo es un caos.

Es espectacular.

Me tumba de espaldas y me quita las braguitas. Está de pie encima de mí y se quita la ropa sin dejar de observar lo mucho que me cuesta recuperar el aliento. Está desnudo, su erección apunta hacia mí, y sus esculturales y duros músculos tan solo son una muestra del auténtico poder que yace detrás. Estira el brazo y me acaricia la mejilla. Es una caricia cargada de ternura y de sensualidad.

—Eres preciosa —susurra—. Dime que lo sabes.

No sé qué responder. La anticipación me hace estremecer y trato de agarrarle, pero me coge

de la muñeca y me mantiene a raya, incluso cuando es él el que se acerca a mí.

—Dilo, Kasie. Dime que eres preciosa.

Me retuerzo levemente tratando de girarme, pero guía mi rostro en su dirección.

—Dilo.

Presiono los labios formando una fina línea y le miro con los párpados entrecerrados.

Y entonces ocurre algo que me hace retirar el brazo con arrojito. Me observa con expresión inquisitiva, mientras me yergo despacio. Me quedo de pie sobre las rodillas, con las piernas hacia atrás y bien erguida, y me enfrento con descaro a su mirada.

—Soy preciosa —afirmo.

Mi voz es segura, fuerte... e, incluso a mis oídos, seductora.

Sonríe y se arrodilla en el sofá ante mí. Observa cómo, con movimientos lánguidos y elegantes, me tumbo arqueando la espalda con las rodillas dobladas. Levanto los brazos por encima de la cabeza, como si estuviera posando para un póster.

—Soy preciosa —repito.

Se ha tumbado sobre mí y me sujeta los hombros con las manos.

Siento su miembro duro presionando la parte interna de mi muslo.

—Ahora, Robert, péntrame ahora.

Lo hace con un gemido, penetrándome con amplios movimientos circulares. Sus caderas me golpean y mantengo la pose como una bailarina a la que su pareja de baile eleva a los cielos. Le tengo muy adentro y sigue embistiéndome; ha tocado cada terminación nerviosa de mi cuerpo y siento que el orgasmo me invade como cuando un leve aplauso se convierte en ovación. Mis paredes se contraen alrededor de su miembro para sujetarle, mientras mi cuerpo se estremece y un grito se me escapa entre los labios.

En ese preciso momento, estoy convencida. Soy preciosa y tengo poder.

Y seré la dueña. Quizá no del mundo entero, pero de este hombre, sin duda.

Estiro con cuidado las piernas y las dejo extendidas a ambos lados de su cuerpo. Se yergue y apoya el peso en las rodillas para hacerme hueco, pero no espero a que vuelva a inclinarse hacia mí, sino que apoyo los pies en el sofá y levanto las caderas para presionar la pelvis contra la suya y forzarle así a que me penetre de nuevo. Es-

ta vez soy yo la que marca el ritmo. Me deleito con la fricción, mientras muevo las caderas arriba y abajo sin tocar el sofá. Veo lo que le estoy provocando: apenas puede respirar y le tiemblan los brazos, pero no es por el esfuerzo. Me resulta tan estimulante...

Cuando ya no soporta estarse quieto, me agarra de las piernas y, aún de rodillas, las coloca sobre sus hombros. Con un brazo a cada lado de mi cuerpo, vuelve a tomar la iniciativa. Y vuelve a meterse hasta el fondo de mi mundo; vulnerable a la par que fuerte e inundado por un éxtasis perfecto.

—Te lo daré todo —jadea—. Todo. Y tú lo aceptarás.

En la calle, el viento golpea las ventanas y me anima a gritar bien alto; es algo animal que casi da miedo, pero que sin duda es exquisito. Le agarro de los brazos sobrecogida por otro orgasmo aún más intenso. Y, mientras la sensación se expande por todo mi cuerpo, siento que él explota en mi interior y que me permite así absorber parte de su poder.

Poder suficiente para conquistar el mundo.
Quizá incluso suficiente para conquistarle a él.